

CONSIDERACIONES ACERCA DE LOS CRITERIOS DE PERIODIZACION DE LA LITERATURA ARGENTINA

Olga Mabel Tiberi

Periodizar nuestra literatura es, de algún modo, un acto de sometimiento de la producción artística a categorías que en cierta manera, la reducen; es provocar una sistematización que, aparentemente, es incapaz para contener al proceso literario, porque éste es justamente un proceso en perpetua evolución.

La obra literaria tiene un origen único, se produce en un espacio y en un tiempo específico, es una particularidad que se percibe y se muestra en una multiplicidad; es creación individual y sin embargo, esa individualidad es configuradora de una conciencia social, a la que asume e interpreta de manera más o menos consciente.

El texto literario es, entonces, el gran signo que dirige su significancia hacia el hecho artístico, pero describe al mismo tiempo las circunstancias de su entorno, y al enunciar en su realidad, otras realidades, se torna multifacético. En este aspecto, se constituye en materia desbordante de esquemas y su riqueza sémica exige operaciones especiales de periodización.

Sin embargo, el esfuerzo de periodización de nuestra literatura se justificará si más allá de los criterios utilizados intentamos encontrar líneas significacionales, emergentes de esa complejidad, que logren sintetizar sustancialmente esas realidades y coherenticen, así, nuestro corpus literario de manera integral y funcional con respecto a nuestra problemática.

Si hay un signo caracterizador de toda América, es la perpetua búsqueda de la libertad y por ende, de la identidad.

Dos realidades igualmente especulares nos han motivado en esa búsqueda que deberemos considerar infructuosa si deseamos darle un sentido unificado en la prevalencia de uno sobre el otro. Por un lado el sustrato cultural aborígen, con una cosmogonía propia que nos lleva a nuestro centro autóctono, y por otro, los elementos transculturales que inevitablemente se propiciaron a partir de la conquista, nos configuraron. Estos elementos aportados por el mundo del conquistador operaron a modo de ruptura de un orden establecido, fueron asimilados y modificados a la vez, por una concepción propia, hecho que produjo la yuxtaposición de puntos de vista estéticos y críticos.

Desde entonces, un sistema dualista pareció enmarcar el devenir americano, y se gestaron ejes isotópicos opuestos, tales como autóctono/foráneo, aborígen/hispánico, nacional/internacional, particular/universal, propio/ajeno. Estas oposiciones no resolvieron la cuestión, al contrario, prefiguraron una división, a partir de la cual, necesariamente, debemos establecer el campo de nuestra expresión artística, aunque ese proceso sea al mismo tiempo una forma conceptual de apropiación y un esfuerzo para construirla, tal como lo definiera el crítico Pedro Henríquez Ureña¹.

Las cuestiones enunciadas no son extrañas a Argentina y lo cierto es que la problemática de la periodización de su literatura está unida a la controversia de la identidad

¹ Pedro Henríquez UREÑA, "Los caminos en La Utopía de América", Biblioteca Ayacucho, 1978 Aprehender el movimiento de nuestro imaginario social".

nacional, a su propia conformación social, a la configuración lingüística que es, además, pertinente a toda América Latina por su riqueza semántica y por la presencia de realidades especiales que hacen necesaria una designación particular.

Ciertamente las expresiones literarias y culturales en general, cobran una consistencia real, una "personería" que marca una concepción dislocada con la aparente abstracción que implican los criterios de periodización usados tradicionalmente y que, si bien intentan clasificar el material existente, resultan insuficientes por ser justamente eso: una clasificación taxonómica de obras o de autores, un registro de sus diferencias o semejanzas, que exigen, además, una interpretación intertextual y social, cotextual y contextual.

Podríamos periodizar nuestra literatura teniendo en cuenta los procesos históricos colindantes, hecho que crea una dependencia de la literatura hacia la historia y fija, de este modo, una preeminencia de las ciencias históricas sobre el arte, situación que cobra existencia como condicionante de la subjetividad, y por tanto, de la libertad del autor y del lector. Esa preeminencia de la realidad fáctica contextual condena a la obra y a su decodificación a una permanente inserción en otro ámbito, al que es pertinente, pero no específico, y de hecho sabemos que la significación artística está más allá de ese estamento cognoscitivo.

El texto literario toma un perfil histórico desde su nacimiento al aparecer en un tiempo determinado y, en atención a las influencias conscientes o no que ese devenir imprime en la cosmovisión del sujeto de enunciación; del objeto enunciado, es indudable que se debería tener en cuenta una imbricación entre el hecho histórico y el hecho literario cuya resultante operará a modo de causa-efecto. Sin embargo este criterio aún desde el marco axiológico muestra su insuficiencia, por el carácter reduccionista que necesariamente se pone en práctica cuando se intenta llevar a términos concretos, la desbordante materia artística. Aunque en ese proceso se tengan presentes una multiplicidad de factores provenientes del marco histórico, sociológico, político o económico, queda fluctuante la estética textual como una inmanencia que supera ese entorno, como una ausencia que se niega a la presencia de períodos sistemáticos, aunque

sean éstos cautelosamente delimitados.

Por otra parte, la literatura y el arte en general, entendido como proceso en continua evolución es siempre transición a otro momento, en el cual se renueva y desde el cual se proyecta, a la vez que retrocede en búsqueda de viejas raíces a quienes también considera, simultáneamente, como fuentes artísticas capaces de aportar elementos constitutivos, o como modelos de crítica y reacción.

La periodización de la literatura mediante criterios que observen la estructura de escuelas o movimientos literarios, permite comprobar el funcionamiento de los patrones estéticos imperantes en el momento aludido. La traducción de las determinadas corrientes literarias recrean y reinterpretan la realidad, formalizan un cierto sentimiento unificador frente a la diversidad ideológica, de intereses, de estética pero, generalmente, descuida el estudio de autores y de obras particulares en sí mismos, oblitera la inserción de las literaturas regionales y pierde de vista las características propias de la denominada "producción del interior", que no siempre se inscribe en la estética de la escuela dominante. Por igual razón, dificultaría, además, la inclusión de la literatura oral y folklórica.

La periodización mediante el criterio de generaciones literarias, corre el riesgo de no ser lo suficientemente amplia para permitir la inserción de las particularidades posibles del momento estudiado, y la ecuación tiempo/hombre-sujeto de enunciación, o tiempo/producto enunciado, puede sacrificar lo que no es, en virtud de un esquema, si bien es cierto que el texto literario, se instaura a través de su escritura como un yo objetivado, producto directo de las tensiones del yo creador, quien frente a los condicionamientos históricos y sociológicos se desplaza de su centro individual, se socializa y de esta manera, el sujeto de enunciación se manifiesta intérprete real de otra realidad, capaz de transformarse en "él". Sin embargo, la periodización literaria no puede atenerse sólo al carácter distintivo, más o menos particular, con que cada uno acciona o reacciona frente a las circunstancias vitales de su momento histórico.

La periodización no debe convertirse, entonces, en

una norma rígida, frente a la cual algunas producciones particulares funcionen como atípicas o como una desviación de esa norma, sino partiendo de la conceptualización del texto literario como un entramado de discursos diferentes y en esa "red de conexiones", llamado así por Julia Kristeva², se conforma la intertextualidad que trasciende el corpus artístico para, en un doble movimiento de retroalimentación continuo, unificarse al contexto situacional que actúa como uno de los ejes estructuradores del hecho poético. Mediante esta constitución el hecho literario intima su relación con su marco y produce su peso específico, su literariedad, concepto que deberá funcionar como orientador en el proceso de periodización.

Por otra parte, el texto es sincronía y diacronía, e integra en su presente, el pasado escritural y un futuro constantemente proyectivo; esas tres visiones contienen en sí la capacidad de producir cosmovisiones modificables a través de la experiencia del lector, sujeto que evoluciona en su capacidad crítica acerca de los hechos del marco histórico textual. De allí que los criterios de periodización podrían actualizarse en cada lectura, ya que la búsqueda de la verdad acerca de nuestro devenir histórico y ese movimiento de afirmación de nuestra identidad, actúan como una constante de renovación del criterio histórico.

Por ello, nos vemos obligados a descubrir detrás de la inocente linealidad del período o de la aglutinación de datos que dicho período promueve, una realidad más profunda, aquella que aflora en su corte transversal y que simultáneamente, debe contemplar las ideas generatrices particulares, analizar los indicios provenientes de nuestra raíz y aspiraciones culturales, y detectar los elementos emergentes del proceso de transculturalización operado desde el exterior, sea Europa o Estados Unidos, o cualquier otro país.

Para ello es preciso operar con criterios de periodización que se constituyan con signos preeminentes, capaces

2 Julia KRISTEVA. Semiótica. Madrid, España. Editorial Fundamentos. Colección Espiral, 1981 Tomo I, pág. 241.

de marcar una constante, pero nunca una especificidad rígida y delimitada por las categorías espaciales o temporales, puesto que los procesos sociológicos y escriturales, abren al texto a otros horizontes en una multiplicidad de sentidos, El decodificador arribará, así, a una significancia subyacente, que al sintetizar las constantes temáticas y las preocupaciones estéticas del texto, echará luz y explicará desde el universo textual al hecho literario con sus implicancias. Este será el punto de partida para emprender una decodificación de matiz sociológica, histórica o filosófica.

La periodización deberá propiciar, entonces, la independencia de nuestro discurso, no sólo por lo que dicha independencia supone, sino para que el discurso se asuma como catalizador de antinomias y expresión de la hondura de nuestra identidad, por encima de etapas, conquistas y sucesivas dependencias culturales, más allá de la diversidad de espacios y de tiempos.

Por otra parte, nuestra literatura se bifurca en dos vertientes diferentes: la cosmopolita, cuyo centro de irradiación principal es Buenos Aires, la regional, la intelectual y la sencillista, vinculadas a lo extranjero o a lo autóctono, pero, igualmente propias, ambas, significativamente válidas. Esta disimilitud se presenta como proceso de ambivalencias, de continuidad y de ruptura, como un juego de fuerzas, reflejo de esa pugna interior entre lo nacional y lo foráneo, que mutuamente se desplazan, se revitalizan, son recurrentes, y desde esa multiplicidad describen un sentido único pero multiforme. Frente a esta divergencia, un principio de solución es el nucleamiento de esas tendencias a través del encuentro de una estructura profunda que, seguramente sostiene el aparato expresivo y está presente en la impronta estética, prefigurando una complicidad donde la escritura es máscara de la historia, pero máscara ficticia al fin, porque se constituye en el punto de partida para desentrañar la índole de nuestro devenir. Así como nuestra lengua se ha ido autodenominando y el habla ha configurado una transgresión a las normas lingüísticas, se postula una vertiginosa transformación que, evidentemente, es síntoma de otras transformaciones: la de un discurso que, recogiendo las ambigüedades, va construyéndose en su proceso particular.

Desde esta conceptualización, será importante realizar la periodización literaria en el marco del comparativismo literario y aun artístico, dentro del ámbito nacional, latinoamericano, americano, europeo y mundial, para reconocer las diferencias y semejanzas, y para definir una realidad propia, inserta en las amplias coordenadas del pensamiento, que a su vez, se relacionará con la especificidad de los hechos históricos, con las constantes fácticas, examinadas en su jerarquización causal y proyectiva, para que el conocimiento de nuestra literatura, además del hallazgo del aspecto estético en sí, promueva el conocimiento de la vertebración de nuestro ser nacional. De esa manera el arte cumplirá dos roles significativos, que no se excluyen entre sí: la producción del sentimiento estético y la toma de conciencia de una situación particular pertinente y concomitante con las estructuras sociales.

El abordaje de la obra literaria superará las limitaciones puramente históricas, geográficas, generacionales y de estilo, para descubrir a través de esos elementos, una concatenación propia que surge del proceso mismo de enunciación, en la interioridad del texto, para explicar la problemática del entorno y reconocer que nuestra verdadera búsqueda lleva implícito el sentido de la libertad que estriba en comprender que la identidad nacional es un todo fragmentario, integrado en la multiplicidad, tal como es el texto literario. De allí que sea pertinente ver a la conformación de lo nacional como un hito conductor, capaz de otorgar un sentido vital a las secuencias de nuestra literatura.

La premisa es reconocernos a través del discurso, para llegar a decodificar la semiótica de nuestra cultura e interpretarnos; esta tarea no convoca sólo al crítico o al estudioso del arte, sino, fundamentalmente, al lector, quien a través de su óptica completa el círculo de coherentización de la obra literaria como producción y objeto social, integrada significativamente en las diversas circunstancias fácticas, y que al emerger de las mismas, se propone como un desafío de religación entre uno y otro estamento.

Bibliografía

- AINSA, Fernando. *Identidad Cultural de Iberoamérica en su Narrativa* , Madrid, España, Editorial Gredos. 1986.
- BARTHES, Roland. *El Grado Cero de la Escritura* , Buenos Aires, Siglo Veintiuno Argentina Editores, S. A. 1976.
- CANDIDO, A., GUTIERREZ GIRARDOT, R. y Otros. *La Literatura Latinoamericana como Proceso* , Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, Colección Bibliotecas Universitarias. 1985.
- HAUSER, Arnold. *Sociología del Arte* . Tomo I - II, Madrid, España, Ediciones Guadarrama. 1975.
- KRISTEVA, Julia. *Semiótica* . Tomo I - II, España, Editorial Fundamentos, Colección Espiral. 1981.
- LOZANO, Jorge y Otros. *Análisis del Discurso* , Madrid, España, Editorial Cátedra. 1982.